









VIDA ECONÓMICA  
DE TOMI SÁNCHEZ



JAVIER SÁEZ  
DE IBARRA

VIDA ECONÓMICA  
DE TOMI SÁNCHEZ



Primera edición: septiembre, 2020

© del texto: Javier Sáez de Ibarra, 2020

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2020

*Collage* de cubierta: Jorge Cano Cuenca

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Se citan fragmentos de la siguientes obras: Ignacio Aldecoa, revista *Juventud* (Alfaguara) (pág. 114), Vicente Aleixandre, «Lenta humedad», en *La destrucción o el amor* (© Vicente Aleixandre, 1966 y Herederos de Vicente Aleixandre) (págs. 176, 178, 180, 181, 183-185, 187, 189), Paul Celan, «Tubinga, enero», en *La rosa de nadie* (Trotta Editorial) (pág. 156), Juan Ramón Jiménez, «Inteligencia, dame», en *Eternidades* (© Herederos de Juan Ramón Jiménez) (pág. 365), Ángel Zapata, *Materia oscura* (Páginas de Espuma) (pág. 366) y Claudio Rodríguez, «Hacia la contemplación poética» (*ABC*) (pág. 371).

La editorial agradece las autorizaciones recibidas para reproducir los fragmentos que se citan en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. No obstante, si no se ha obtenido la autorización correcta, la editorial ruega su comunicación.

Impresión: Gráficas la Paz

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-120089-6-8

Depósito legal: M-19403-2020

IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.



El traje que vestí mañana  
no lo ha lavado mi lavandera:  
lo lavaba en sus venas otilinas,  
en el chorro de su corazón y hoy no he  
de preguntarme si yo dejaba  
el traje turbio de injusticia.

A hora que no hay quien vaya a las aguas  
en mis falsillas encañona  
el lienzo para emplumar, y todas las cosas  
del velador de tánto qué será de mí,  
todas no están mías  
a mi lado.

Quedaron de su propiedad,  
fratesadas, selladas con su trigueña bondad.

Y si supiera si ha de volver;  
y si supiera qué mañana entrará  
a entregarme las ropas lavadas, mi aquella  
lavandera del alma. Qué mañana entrará  
satisfecha, capulí de obrería, dichosa  
de probar que sí sabe, que sí puede

¡CÓMO NO VA A PODER!

Azular y planchar todos los caos.

CÉSAR VALLEJO, VI, *Trilce*



## I. EL BRAZO DE TOMI

A eso de las once de la mañana, un 4 de abril anticiclónico y de temperatura suave para ser exactos, Tomás Sánchez López, en ese entonces obrero metalúrgico, sufrió un accidente con una cortadora de planchas. Nadie se explica cómo –digamos–; porque el operario no activó el seguro, porque el seguro tenía una holgura que las revisiones no detectaron, porque no se efectuaron revisiones de hecho, o porque no había seguro; el caso es que la máquina cortadora (semi manual) encontró su brazo con el filo. Limpiamente cayó su mano en el gesto de sujetar algo todavía, con su guante de seguridad puesto. La mano, el brazo se despidieron con un saludo del codo de donde solían, dicho esto para no entrar en detalles de mal gusto; y el empleado se desmayó.

–¿Otro? –dijo el encargado cuando corrieron a decírselo–. Id haciendo algo vosotros, un momentito. –Y así terminó de ordenar unos albaranes, colocar unos presupuestos y llamar a su secretaria para asuntos inmediatos.

Los compañeros de Tomi se agitaban. Uno trataba de des-pertarlo hablándole con cariño, otro trajo un vaso de agua, el más avisado cruzó toallas sobre la herida.

–Más toallas. –No quedan. –Las del piso de arriba, hombre. –Ah.

–En el botiquín hay gasas –anunció alguien.

Corrían los compañeros de Tomi laboriosos, hormiguitas.

Una o dos secretarias bajaron a ver, se fueron con la cara entre las manos. Otra dijo las toallas tienen que estar más apretadas.

Llegó el encargado-jefe, que en estos asuntos tenía alguna experiencia.

–¿Cómo está? –se interesó.

–Ya ve, jefe –le respondieron.

–¿Qué pasa? –preguntó Tomi, que en ese momento se había despertado.

–Ayudadlo a levantarse y sacadlo –ordenó–, aquí no debe estar.

–Pero ¿esta sangre es mía? –preguntó Tomi.

Entre dos lo auparon. Así, de pie, parecía que no hubiera sucedido. Solo que Tomi seguía alarmado: ¿y mi brazo? No mires, compañero. No te preocupes. ¿Tengo el brazo? ¿He perdido el brazo? Lo hicieron caminar, uno apretando las toallas para restañar la hemorragia, el otro sujetándolo del miembro ileso; parecían polis que llevaran a un detenido.

–¿Alguien ha visto mi brazo? –insistía Tomi.

–Y cogedme esa cosa, hacedme el favor –continuaron las órdenes–. Llamad a Puri que limpie el suelo que está hecho un asco.

Un tercero recogió el trozo de brazo, al principio con aprensión. Pero luego, quizá pensando que él mismo había estrechado esa mano en alguna circunstancia, lo llevaba sostenido con las dos manos igual que a un bebé.

—Mi brazo. ¿Dónde está?

La extraña procesión que se había formado caminó unos metros por la planta de la fábrica, desconcertada y solícita, dejando un reguillo; después se detuvo, incapaz de elegir.

Habló el jefe: —Vamos afuera. —Y lo siguieron todos.

Avanzaba así la comitiva: el encargado-jefe delante, luego los dos compañeros con Tomi, el que llevaba el brazo separado y otra empleada detrás. Y la voz de Tomi, la última: ¿qué pasa con mi brazo? ¿Y mi brazo?

—Valor, amigo —lo consolaba uno—. No es el fin del mundo...

Aunque la voz no se convencía.

Cruzaron la planta sorteando las máquinas que la ocupaban por entero, llegaron a una de las salidas, superaron el control y se hallaron fuera.

El sol los golpeó con su vigor inevitable. Entrecerraron los ojos casi al mismo tiempo, y miraron a ambos lados para cruzar con la precaución de que no pasara ningún coche. Enfrente había los restos de un parque todavía con árboles, una explanada de tamaño medio, una fuente seca hacía años y dos o tres bancos útiles; allí se encontraban de tanto en tanto niños, ancianos, alguna prostituta, canes, cada cual a lo suyo. Esta vez no se veía a nadie.

Llegaron ante un banco con varias tablas de asiento enteras.

—Sentadlo ahí —decidió el encargado-jefe, y lo volcaron en él con cuidado—. También el brazo —añadió.

Y el que lo llevaba lo colocó junto a Tomi. Desde cierta distancia podía recordar un bocadillo.

—Ya está —les dijo a los que lo habían acompañado. A Tomi lo estremeció un suspiro—. ¿Qué más hay que hacer aquí? Volved al trabajo.

Se volvieron. Uno rechinó: –Pero...

Cuando se quedaron los dos solos:

–Mi brazo –se quejaba Tomi mirándolo.

–Mira que os digo que seáis prudentes... –se lamentó el jefe.

–Mi brazo.

–Ahora no queda más que ser hombres.

–Mi brazo –continuaba.

–Mira, Tomi, te vas a quedar aquí quietecito, con tu brazo, descansando.

–¿Me vais a dejar aquí?

–Este es un buen sitio; no te quejes, por favor. Estás sentado debajo de este árbol grande para que el sol no te haga daño.

–Estoy herido, he perdido el brazo.

–No has perdido nada, lo tienes a tu lado. Y ya te digo que no es mal lugar ni mucho menos, hay quien deja a los accidentados en otros peores.

–Ya lo sé –admitió.

–Luego venimos a recogerte. –Ya se iba. Tomi se revolvió en su banco-. Estate quieto, hazme el favor, que no eres un crío. Cuida de que no le pase nada al brazo y tranquilidad. En cuanto acabe el primer turno mando a alguno a que se ocupe. ¿Estamos?

Ya había cruzado la calle y se disponía a franquear el portón de la fábrica. El guarda de seguridad se perfilaba en su garita de entrada. Se veía a Tomi que levantaba el brazo sano despidiéndose.

–¡Piensa en cosas alegres! –le gritó el encargado-jefe desde allí, como un consejo.

Yo miraba mi pobre brazo, pero me deprimía un poco; así que traté de desviar mi atención. Contemplé la fachada sucia de nuestra fábrica, las aceras, los árboles, las copas de los árboles, los caminos de tierra, la explanada llena de hoyos... Pensaba en la primavera que iba a traernos alegría después del miserable invierno que habíamos tenido... Pensaba también en las energías que nos daba cuando éramos jóvenes... Pensaba en cómo me agradaba esa estación del año. En el nuevo mundo inminente que iría a sorprendernos.

Suspiré. Suspiró.

Tomí se quedó en el banco en donde lo habían dejado sus compañeros, al lado de su brazo, que ahora no parecía suyo aunque conservaba un aire familiar. En ese rato reflexionó sobre muchas cosas. Pensó que sin el brazo ya no podría estrechar igual a su mujer, y que ella echaría de menos sus caricias, ahora tendría que esforzarse en hacerlas solo con una mano. En sus hijos, y en cómo jugaría con ellos si todavía podría ser un buen modelo y padre. Tal vez lo despreciaran. Se pondría traje y corbata, pero no serviría de nada, la manga colgando lo delataría. Se pondría el mono y lo mismo. Cuando caminase por su barrio con el brazo a medias, no sabría ocultarse. No había nada que hacer. Y esto lo entristeció muchísimo.

Quiso imaginar que recuperaría el brazo. A mucha gente se lo habían reimplantado con éxito, y luego habían conducido motos, cargado paquetes o levantado a su novia para cruzar así el umbral de su casa nueva... No podría echar un pulso, claro; pero a quién le importaba eso. Llevaría una vida más tranquila, más como debe ser, sin angustias ni prisas, feliz. Ese brazo, ese brazo iba a resultar un corte en su vida, empezaría

a tomarse las cosas de otra manera; miraba el miembro inerte, aquel trozo separado de sí mismo estaba siendo capaz de prometerle una existencia diferente, sana y dulce. Al contrario de lo que había temido, no se cerraba una puerta oscura, se le abría una etapa de dicha.

Meditó sobre su vida, agitada y revuelta siempre. Sí, años veloces llenos de sobresaltos. La loca juventud, las decisiones y los rumbos tomados, la marcha de su casa, la elección de una pareja, luego de otra, de la tercera, el nacimiento de un hijo, de otro, de otro más, este trabajo, el siguiente, el nuevo, el cambio de domicilio, la partida del barrio conocido hacia uno por descubrir, la mudanza en que algo se pierde inevitablemente, los amigos que se van, los que llegan, las crisis y la felicidad. Se reconoció en los dolores que le había dado, en los sufrimientos incluso, que en aquellos momentos en el banco solo podía juzgar con simpatía. Y en la muerte. Ya se sabe, este pensamiento nos asalta de improviso en lugares insospechados. Así que en la muerte. Tomi se alegró de haberse vuelto, hacía poco, católico (bueno, más o menos católico o algo). Sintió que no tendría miedo a morir; en ese instante supremo cruzaría la frontera con serenidad, casi con gusto, sabiendo que del otro lado conservaría la misma energía, iguales ideas que aquí, y podría seguir visitando esos árboles, los bancos, la fábrica, su casa, a su familia, a sus queridos amigos... solo que —se figuró— siendo mejor persona, flotando con cariño por todo lo que existe.

Luego la segunda hora se le hizo más pesada.

Se echó un sueñecito; lo despertaron unos chicuelos que deberían estar en clase.

—Señor, ¿es suyo el brazo?



Por fortuna no lo habían tocado; lo arrimó a su pierna. Para incorporarse, tuvo que empujar con fuerza con el brazo bueno hacia arriba. Ya derecho, sintió que le dolía la cabeza bastante y que tenía sed (debió pedirles a sus compañeros una botellita).

Ante él, tres chavales de unos diez años le recordaron a sus hijos.

—Oye, ¿no me podríais traer agua?

—La fuente no da.

Uno de ellos se había empeñado en tocar el brazo seccionado. Al fin se atrevió, pasó el dedo por el reborde de carne que asomaba de la camisa y el mono.

—Está frío —anunció a los otros con una sonrisa.

Sus amigos quisieron imitarlo al momento. Él se aterrorizó.

—Voy a perderlo —les dijo.

Me levanté deprisa, cogí el brazo y eché a andar hacia la fábrica lo más rápidamente que pude, que no era mucho porque estaba mareado y con las piernas torponas. Tenía que pedir a los compañeros que me llevaran a un médico. Debían llevarme como fuera, cuando se me enfriara, a lo mejor ya no podrían pegármelo; si era necesario, pagaría yo sus horas o lo que quisieran. Pero perderlo no, de ninguna manera. Entré. En el control Narciso, un tipo con rostro de *bulldog* y modales fijos, se asustó nada más verme; sin esperar una orden decidió llamar primero a una ambulancia, después al encargado. Creo que me desvanecí, me recuperé en seguida rodeado de personas.

El hombre y los niños me habían ayudado a sentarme en un banquito a la entrada de la empresa. Viéndome pálido, seguramente, los críos me daban aire con las manos.



## II. URGENCIAS

Tomi Sánchez se hallaba sentado en un banco, en la sala de espera de urgencias del hospital que le correspondía por su zona de residencia (no la del trabajo), adonde lo habían conducido. Doblado sobre sí, apretándose el lugar del corte, ahora sentía dolores y se quejaba, aunque con murmullos. Uno de sus compañeros iba y venía por el pasillo, salía a fumar, hablaba con algunas otras personas que esperaban; todo por calmar sus nervios. Cada poco se inclinaba hacia Tomi para preguntarle cómo se encontraba.

—Mal. Me duele. Voy a perder el brazo, voy a perder el brazo si no se dan prisa. —Y qué podía hacer él—. Diles algo, llama a alguien, a un médico, a una enfermera. —Entonces su acompañante se incorporaba de golpe, se ponía furioso y empezaba a caminar aprisa pasillo arriba hasta lejos diciendo vergüenza, médicos, este país, malas palabras. Luego volvía pasillo abajo, apaciguado, y le susurraba al oído, mientras le acariciaba la cabeza: ánimo, compañero.

Tomi lo mandaba a por agua a la máquina.

Entre los dolores crecientes, tenía como una reserva de inteligencia para mirar a otros bultos de personas que

esperaban, como él, y se le ocurría, un poco filosóficamente y sin proponérselo: ¿Qué significa «urgencia»? ¿Y «peligro»? ¿Y «cuestión de vida o muerte»?

Y cada respuesta se le daba sin que él la hubiera pensado, sin esfuerzo, a continuación de las mismas preguntas: todo es relativo.

Que uno trabaje, que otro sufra un accidente, que uno se caiga, que a otro lo corte en pedazos una sierra. Que la ambulancia en que me han trasladado choque y llegue tarde... Que un médico te atienda, que otro, menos avezado, yerre y uno pierda un brazo, un ojo, la vida misma. Que haya sangre para una transfusión y calmantes y una pila de gasas, o nada. Todo es relativo, como relativos somos nosotros.

Esto lo llevaba a una idea tranquilizadora: hay tiempo, siempre hay tiempo. No hay nada definitivo o fatal. Lo tienen calculado, saben cuánto puede esperar un hombre en una situación desesperada —porque todo es según y cómo, el acontecimiento trágico, el tiempo de la espera y la desesperación—, así que me salvaré.

Tales reflexiones lo hicieron identificar compasivamente a una señora que sostenía a un niño en los brazos, demasiado largo para ella y para esa posición, que no se dormía. Le dedicó una sonrisa nacida de esa seguridad de muy adentro, de la conmiseración y su resignada tristeza. Y ella se la devolvió acaso por las mismas razones.

En el otro lado de la sala de espera, formaban fila las mujeres que habían vuelto heridas del frente como si aún estuvieran bajo la disciplina militar. La menos dañada era la primera, quizá, la que conservaba la voz o gobernaba la paciencia de las otras. En el medio, los cuerpos soldados que

más sufrían. Irradiaban silencio y el resto de pacientes no las miraban, quizá por el miedo de encontrarse algún día así, o por la vergüenza sentida a pesar de las últimas noticias y de las últimas razones acerca de la guerra.

Llegó su amigo Javi. En cuanto vio a Tomi así postrado corrió hasta él, se hizo cargo de la situación y lo hizo levantarse. Le dio un beso en la cara; recogió el brazo separado y lo ayudó a caminar con la colaboración del compañero de la fábrica.

—Esto ahora mismo lo arreglamos —prometió. Caminaron por el pasillo hasta la puerta que parecía de ingresos en la que venía a terminar una cola bastante recta de ocho o nueve personas. Sin dar explicaciones, abrió esa puerta, la franqueó y abordó a la primera mujer con bata blanca que había sentada tras una mesa charlando con otra, y dijo con un alzamiento progresivo de la voz:

—Mi amigo lleva dos horas esperando con el brazo cortado, ¿lo van a atender o traigo yo a un médico del cuello?

La dama se puso dignísima. Tanto, que ni siquiera se dignó levantarse ante la presencia de mi amigo Javier, hay que decirlo, un tipo de fibra, de aspecto algo desarrapado y, en consecuencia, peligroso. Ella junto a su compañera lo examinó con prevención. Luego repuso:

—¿Cree usted que por gritar le vamos a atender antes?

—¡Sí! ¡Claro! ¡Por gritar, y por ponerme a romper cosas ahora mismo! —rugió, buscando a cada lado algún ejemplo.

—Salga de aquí inmediatamente o llamo a Seguridad. Hay otras personas que esperan —replicó ella, que ya había visto necesario levantarse para ocupar más espacio.

Yo traté de tranquilizar a Javi con urgencia –apoyé mi mano sobre su hombro–. Sabía que no era capaz de destruir nada, mucho menos de golpear a nadie; sabía también que él consideraba que sí lo era. Fui moviéndolo con suavidad contra mí y hacia la puerta abierta (en la que necesitados o curiosos introducían sus cabezas). Emitía bufidos como un animal, privado de pronto del habla.

–Perdone –le dije a la señorita–. Me duele el brazo. –Se lo enseñé–. Hace más de cinco horas del accidente y me da miedo que si...

–Ya lo veo, tengo ojos en la cara –me respondió ella, conciliadora–. Pero esas no son formas. Con violencia no se consigue nada.

–Con violencia es la única forma de conseguir algo –razonó Javi, de nuevo exasperado–. ¡Si lleva dos horas y no lo han atendido!

–Javi, que lo empeoras. –Lo empujé con determinación hasta que retrocedimos.

La mujer quiso apuntillarnos con una recomendación mientras salíamos: –¿Y ha pensado qué pasaría si todos actuaran como usted?

Javi pasó por delante de mí y le plantó cara: –Que eso sería la revolución, señorita. ¡La revolución! –Y se largó al pasillo.

–Haga lo que pueda por favor, enfermera, mi brazo está en sus manos –respondí sin pensar lo que decía. Moví a mi compañero de la fábrica que se había quedado en medio entorpeciendo el paso; cerré la puerta con la precaución de no golpear ninguna cabeza y no hacer ruido.

Javi recorría el pasillo hecho una fiera.

—La luciérnaga, Tomi, ¡la luciérnaga para abrasarlo todo!  
—(Ya explicaré qué era eso). Y movía mi brazo seco blandiéndolo como un arma...

Me cauterizaron la herida, me pusieron apósitos, me la vendaron como es debido, y me desperté en una cama en una especie de sala improvisada en un pasillo de los sótanos del hospital.

Entre las ilusiones de la penumbra, vi el rostro claro de mi mujer. No había nadie más: Violeta, con los ojos después de arrasados y una sonrisa encogida de saludo. Se había inclinado y sus manos acariciaban la mía. No se me ocurrió otro gesto para responderle que levantar el dedo pulgar. Ella me la frotó una, dos, tres, cuatro veces, mucho. Era tierna. A veces se enganchaba un poco con la vía por la que entraba un tubo delgado desde una bolsa para calmantes, antibióticos, toda la parafernalia. Yo le sonreí haciéndole saber la lástima de mis sentimientos, lo que me había pasado y de lo que no quería hablar. Sus lágrimas nuevas aflorando me decían que lo comprendía. De todos modos, busqué mi brazo malo y cabeceando señalé su hueco. Ella apenas volvió la cara a ese lugar, contuvo el movimiento que resultaría una indiscreción, lo corrigió y me miró sin atreverse a los ojos; repetía sus caricias. Abrí los míos, que sentía húmedos, inevitables. También yo sabría aceptarlo puesto que ella lo había hecho con esa familiaridad. Vi que ambos reaccionábamos fisiológicamente de la misma manera, emocionalmente igual. Entonces me di cuenta de que estábamos juntos, en aquel triste lugar, ocupando el sitio adjudicado en una estática procesión de camas donde otros familiares atendían a otros pacientes como

nosotros. Estallamos de pena, y nos reímos de golpe casi al unísono. Ella se secó la cara con una mano, volvió a sonreírme abarcándome por entero, y se inclinó más todavía para, con cuidado, abrazarme. Con mi único brazo, mi pecho, la atención a los conductos por la vía abierta en la vena, me agarré a ella y recibí su cuerpo; su aroma y su belleza y su amor benéficos me invadieron. Yo me quedé muy quieto, apretado a aquella mujer. Cabeza con cabeza, rostro con rostro. Los acontecimientos recién sucedidos volaron por detrás como hojas de periódicos llevadas por el viento, también otras cosas de antaño e incluso del porvenir se esfumaron con una despedida rápida. Así nos quedamos solos junto a la mutua pared de nuestra compañía.



### III. EL HOGAR

Cuando entraron esa tarde a la vuelta del hospital en su casa, no había nadie.

El pasillo que se comía varios metros útiles de su domicilio yendo hasta el fondo y volviendo a la puerta se cernía con su oscuridad relativa. Y ellos dos se quedaron mirándolo un poco, como si se dieran cuenta ahora (otra vez).

Mientras se quitaban el chaquetón, el tres cuartos, para colgarlos en el perchero y saber que habían llegado por fin, en tanto se dejaban la puerta abierta y la cerraban luego, haciendo todo ello con esos giros graciosos de dos personas que se chocan en una entrada angosta, y en tanto reunían valor mediante la repetición de gestos cotidianos en el comienzo mismo de su casa, como inquilinos que eran; unas nubes de corazón ceniza, ciertamente delgadas, se colaron también no se sabe viniendo de dónde y desparramaron su oscuridad por el techo de ese pasillo, combinándose con la falta de luz para hacer el ambiente mortecino, manso y demasiado.

Violeta y Tomás, el matrimonio, se entregaron un furtivo abrazo, lo destejieron después por lo poco práctico del lugar y caminaron unos pasos por ese corredor queriendo mantenerse

unidos. El corredor indicaba la dirección única de un túnel; a su término, suele decirse, se veía algo, la luz, una prestada por el alumbrado público, anaranjada y todo lo cálida que cabe esperarse.

Tomi también había advertido eso, y precedió a su mujer hacia el saloncito en donde desembocaba el pasillo por el que se desplazaban con igual lentitud, acompañándolos, esas nubecillas grises que se iban rizando por el movimiento.

—¿Te saco algo de beber? —propuso Violeta. Tomi dudó, luego apoyó su mano sobre el antebrazo de ella.

—No. Vamos mejor a estar juntos un rato.

Ya sentados, muy cerca uno del otro, los rostros hacia la luz y hacia su cónyuge, se preparaban —a la manera psicológica— para el encuentro con sus hijos. Los minutos pasaban uno tras otro, cargados con su historia cada uno —reunieron así media hora, y después la hora completa—, tan densos que el montoncito de la página de la sesentena se había ido como llenando de un granulado. Y en ellos, muy pocas palabras dichas pero toda una columna de palabras pensadas, incluso de frases construidas, de respuestas y réplicas, hasta conclusiones evasivas que no terminarían de concretarse y los dejaban impacientes, debilitados. Entonces se ofrecían la mano, se tocaban con las rodillas, coincidían en un suspiro o en un sueño.

Él le dijo: —Tengo miedo, Violeta. Ella: —Yo te ayudaré.

Sin embargo, la tarde acabó de caer rendida; ya solo las luces artificiales sostenían la noche. Mientras las sombras que entraron con ellos se habían aposentado en sus sitios respectivos, altos, insignificantes y en silencio. Con todo, los chicos no volvían, y para entonces sus defensas como pareja habían caducado, deshechas en la inanidad. Así que se sintieron más

desamparados, aunque también más limpios y libres, como solían. Pensaron que era mejor, en el fondo, esta situación; que la realidad trae siempre ese sabor un poco fuerte que desbarata tonterías y medias tintas para que aflore lo que hay.

–Uf –dijo Tomi–, va a ser tremendo.

–Va a ser nuevo si quieres –le respondió ella–. Tus hijos no te fallarán.

Tomi hizo un gesto.

Estaban a la mesa para la cena (bastante tarde, porque los menores vinieron de la mano de unos vecinos que los habían cuidado ese tiempo y el mayor no apareció hasta las diez y pico). La mujer había encendido las luces de la casa. Quería que todo fuera bien visible.

Cada cual ocupaba su lugar de siempre, las conversaciones se cruzaban habituales, menos fluidas, chocaban de expectativa. En las puntas de la mesa, los adultos; las dos hijas y los tres chicos varones a los lados. La mujer había colocado la fuente de comida en el centro, las botellas de vino, de refrescos, y la jarra de agua, los vasos transparentes, los cubiertos, los platos, las servilletas de las grandes ocasiones dobladas sobre el mantel como para una fiesta. Arriba la lámpara de cuatro bombillas de bajo consumo esplendiendo.

El padre se inclinó para orar en silencio unos segundos, mientras su familia más o menos respetaba su creencia. Esta vez, una muñeca única se distinguía apoyada en el borde de la mesa, sobre ella pendía su frente; el otro brazo parecía intacto pues caía sin vida hacia la pierna. Lo contemplaron cada cual a su manera; la mujer miraba a los cinco, entendiéndolos y preparándose íntimamente. Cuando luego el padre hubo

acabado de silabear una plegaria, alzó la vista; en su rostro solo incertidumbre y serenidad. Empezó a mover la mano, el brazo no.

Enseguida todos comieron.

[...]

—¿Y dónde se ha quedado, entonces?

—En el hospital —respondió la madre; siempre respondía ella.

—Pero ¿dónde?

—En unas pequeñas cámaras frigoríficas que tienen.

—Son como neveras.

—Ya lo sé. Porque si no se pudre.

—Pues yo también lo sé, porque es carne.

—¿¿¿Un brazo es carne???

—Pues claro que es carne, jajá, que parece tonta.

—Eso lo serás tú.

—Como un helado —sentenció Vigor, el mayor de todos—.  
Un helado de carne humana. —Silencio.

—Vaya ejemplos que se te ocurren —juzgó Violeta.

—¿Y se puede ver? —Sí, cariño.

—¿Lo habéis visto vosotros? —Salud no podía creerlo—. ¡Qué asco! Huy, perdón. —Se tapó la boca.

—Es un trozo de su cuerpo, por qué le va a dar asco. —¿A ti te da asco tu mano? —A mí me da asco tu cara. —Eres imbécil. Da asco, un cacho de carne así suelto. —Puajjj.

—¿Queréis dejarlo ya, por favor? —suplicó la mujer.

Los chicos callaron. Comieron o esperaron sin hablar, unos segundos. Pero algo se había desatado.

—¿Cómo es? ¿Hay un cristal? —Bueno —quiso zanjar ella—. No sé a qué viene esa curiosidad, no me parece un tema...

La voz sombría de Tomás: —Déjalos, Viole, es natural que quieran saber —y retrocedió al silencio.

—Sí, queremos saber qué ha sido de un trozo de nuestro padre. —Era Vigor, claro.

Los niños seguían preguntando con ahínco, buscando detalles que les permitiesen verlo con la imaginación. Más que insania; era tal vez el deseo de entender del todo el hecho, y los sentimientos de su padre. O simplemente el ansia producto del miedo como de la pena. Violeta les contó.

—¿Y cómo es el sitio? —Es una habitación con muchas camitas, encima están las cajas conectadas a unos tubos que les proporcionan frío. —¿En las camitas están los brazos? —Vuestro padre no es la única persona herida. Ahí se dejan las partes del cuerpo que se han perdido.

Vigor exhibió su sarcasmo: —La sala de las urnas con los despojos.

—¿Y cómo se sabe de quién es cada cajita? —Por una pegatina con el nombre de la persona.

—¿Y por qué no se los colocan ya? —Porque tienen mucho trabajo, cariño. No pueden todavía. —¿Y por qué no ponen más médicos? —Porque no son médicos normales, son cirujanos. —Porque son públicos, mocosa, que no entiendes nada y te lo he contado mil veces —saltó Vigor (su hermana Pasión se quedó estupefacta más que ofendida)—. Son públicos: no hay dinero.

«Si tuviéramos dinero no nos pasaría esto; y papá pondría sus dos manos juntas en la mesa para rezar y darle las gracias

a su dios por comer hoy el pan de hoy, cómo era eso...». (Se rio para sí mismo y acabó callándose...).

En toda batalla se acaba la tregua.

—¿Cuánto tienen que esperar? —rompió el pequeño. —Poco tiempo —dijo la mujer. —¿Cuánto? ¿Una semana? —¿Dos semanas? —No, puede que dos... tres meses —¡Hala! ¡Un trimestre! —¡Cómo se pasan!

—Chicos, no sabemos cuándo le operan; debemos tener paciencia...

—Señor Tomás —dijo Felipe (el hijo de unos amigos, a quien habían acogido en su casa desde hacía tiempo)—, ya verá que se acostumbra enseguida.

Los demás lo miraron de pronto como a un extraño. Continuó:

—Seguro que sabe hacer muchas cosas con una mano; además así practica. —Tomi acarició la cabeza del pequeño—. En cuanto le pongan el brazo otra vez, hará la misma vida de antes. ¡O mejor!

Entonces, Tomi se levantó de la mesa.

Se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de su silla. Consiguió dificultosamente desabrocharse los botones de la camisa. Luego se desembarazó de ella, hizo un giro para dejarla también. Y, con el torso desnudo, se enfrentó a sus hijos. Estiró su brazo para que vieran el muñón. El codo había desaparecido, las vendas permitían distinguir el lugar del corte. Ese espacio donde debería estar el antebrazo y la mano, ese aire desocupado, el hueco de materia resultaba aterrador. Alguno de sus hijos creía poder negarlo, por imposible. Otro temió sufrir la misma herida. Vigor bajó los ojos

no aceptando a su padre convertido en tal cosa, un despojo separado de otro despojo aún menos digno. Sin embargo, levantó su cara para mirarlo. (*Esto me han hecho, míos enemigos malos...*).

–Hijos míos –habló al fin el padre–. No importa cómo veáis mi cuerpo ni lo que me falte de él. Da igual. Os quiero mucho. Os amo a cada uno. Y nada en el mundo puede contradecir eso.

Se emocionó. Todos callaban absortos por el discurso, escuchándolo a medias, pues el brazo colgando atrapaba sus miradas y las imaginaciones volaban con él.

–Sé que os cuesta verme así y os da pena; no me duele nada de eso. No tiene ninguna importancia la imagen. ¿Qué es una imagen? ¿Lo sabéis? Solo una impresión de luz en los ojos, ni siquiera existe. Porque está y, en cuanto me voy, desaparece. Lo verdadero es que os quiero y vosotros a mí. Eso sí que es firme, y dura; cuando se hace de noche, nos vamos a la cama y no nos vemos; pero el amor sigue existiendo. ¿Entendéis? Porque no es luz pasajera, está construido en el interior de cada uno. Y no se va a desmoronar. Aunque me veáis herido, triste, viejo o dentro de una caja, esa imagen no soy yo; recordad lo que os estoy diciendo. Lo que veis es solo luz, pasará; en cambio, yo soy sólido y vosotros también aquí, en el fondo de mi corazón.

–Papá, no vas a poder jugar como antes, ya lo sé. Juguemos a otras cosas.

–Sí, a los juegos de ordenador. A las cartas...

–Al fútbol.

–Chicos, está hablándoos vuestro padre. –Perdona, papá.  
–Perdona. Papá.

—Podemos resultar graciosos, Violeta y yo, yendo al hospital a ver... —No pudo seguir.

—Papá, te lo colocarán en su sitio.

—... Puede pareceros ridículo, los dos pegados a la pared de cristal... Me acuerdo de cuando nació Salud, con tan poquito peso. Su madre y yo la mirábamos en su incubadora, recibiendo calor y alimento para que viviese. Entonces el cristal también nos separaba, pero lo atravesábamos con nuestro cariño. Salud se recuperó: aquí está con sus coletas y su cara de pícara. Yo te amaba cuando no eras más que un manojito de gramos. Igual que hoy, como a todos vosotros. —Y fijaba sus ojos en ellos.

Un silencio logró reunirlos; la angustia hecha violencia se había contenido en cierto lugar, de alguna manera. La madre sintió que se emocionaba.

—Bueno, ya me habéis visto. Eso sí, espero que me ayudéis en lo que no puedo hacer solo.

Nadie dijo palabra. Tomás aguantó un poco en la misma posición. Luego se volvió, cogió la camisa y trató de vestirse. Era difícil; Violeta se levantó para ayudarlo y le abrochó los botones. Le dio un beso delante de los chicos, que contemplaban la escena con absoluta atención. Se abrazaron. El hombre se vio obligado a ocultar su cara, y acto seguido se derrumbó en la silla. Con una mano se cubría los ojos.

La mujer intervino:

—Vamos a brindar —afirmó—. Pasi, cielo, acércame el vaso —la niña se lo pasó a Salud y esta a ella. La madre lo llenó.

—¿Vamos a brindar?

—Porque aunque a vuestro padre lo veáis así, es muy fuerte... Levantaos.



Lo hicieron los críos; cada cual con su vaso en la mano; donde la transparencia de los colores marrón, amarillo, naranja de las bebidas los hacían brillar. Sus ligeros brazos hacia adelante, la seriedad del momento, una sonrisa inevitable fácilmente acallada.

–Cariño... –invitó al marido. Sin embargo, este no se movió; se sentían las leves sacudidas de su cuerpo.

La mujer le apoyó la mano en el hombro, alzó su copa de vino:

–Por papá... Y para que ninguna pena ni ninguna cosa terrible nos separen, y para que nuestro amor dure siempre.

Y entrechocaron los vasos, que apenas sonaron.

